

Al otro lado del recuerdo

Hay libros que permanecen olvidados en las estanterías. Suelen ser obras que gozaron de un tiempo glorioso y que su título hoy le dice poco o nada al joven lector. Más que un ejercicio nostálgico o arqueológico, recuperarlas es un sentido y justo agradecimiento a esas primeras lecturas.

Si como reza el verso del poeta “la palabra del alma es la memoria”, pocas más emocionadas que las que evocan nuestra infancia y aquellos primeros deslumbramientos lectores que cambiaron nuestras vidas. Es la hora de recordar y recordarse, y en este ejercicio de exhibicionismo desesperado y casi impúdico les confieso que lo que voy a contarles es más yo que mi misma vida. Sí, voy a confesar cómo surgió todo, voy a denunciar a los culpables de mi pasión por la literatura, en el escenario abandonado que viene a ser una hoja de papel en blanco, sin más público que las evocaciones, todos los fantasmas de quienes fui, soy y seré, y la invencible, irresistible nostalgia.

De pronto, y por sorpresa, desde un palco, una Alicia gigantesca y burlona que se me parece mucho me reclama. En el foso, un Eneas dibujado torpemente se ríe ante mi torpeza, mientras decenas de estudiantes de Torres de Mallory, agotadas tras un partido de lacrosse (que, por cierto, jamás llegué a imaginar muy bien qué era), esperan que comience la función. Sobre nuestras cabezas, en su aeroplano, el Principito sonríe feliz, y yo me siento confusa como la serpiente que se había comido al elefante.

Se apaga la luz, y un solo foco me contempla. Doy un paso al frente, aunque temo defraudarles a todos, no saber cómo transmitir la emoción, el hondo cataclismo personal que algunos libros, los primeros, y quizá por

eso los más amados, me provocaron en la niñez. Contra ese deslumbramiento no hay aviso posible, ni receta, ni, afortunadamente, remedio. Quien lo probó, lo sabe: da igual que, como en el caso de Manuel Rivas, el primer libro haya sido “la memoria de mi madre”. O que llegue cuando hace ya mucho que abandonamos la infancia (lean, si dudan, la novela en la que Orhan Pamuk, el Nobel turco, narra cómo siendo adulto un libro aparentemente inofensivo trastornó su vida para siempre). O las memorias de Saraguro, niño pobre de solemnidad que no supo de libros hasta la escuela. O...

—Basta —grita de pronto Alicia—, eso ya lo sabemos. O no. Pero no te escapes, deja las máscaras. Y habla de ti, aunque nos aburras. Y de nosotros, que también somos tú, que también te soñamos y somos parte de ti. La mejor, si me permites decirlo. La más noble, apasionada y feliz.

Tal vez tenga razón, así que empezaré por el principio...

Érase que se era...

No, demasiado convencional. Mejor un plano medio. Sí, allí estoy yo, quizá con dos años, en un salón en el que había cientos, miles de libros, un mundo entero parecía entonces, y también libros y más libros en el cuarto de mis padres, en el nuestro, en el comedor, en el pasillo, libros, mágicos libros... Mi padre velaba sus primeras armas como crítico literario, colaboraba en mil

Nuria Azancot

Jefe de redacción de *El Cultural* del periódico *El Mundo*. Periodista infatigable, lectora de mirada atenta y espíritu sensible, ha cultivado el género de la entrevista haciendo de ella un arte



© Ana Laritigui. VV. AA. *Lewis Carroll a la sombra de la infancia*. Catálogo de ilustradores. Almería: ALIN, 1998

revistas y periódicos, y diariamente llegaba con nuevos títulos que parecían tesoros de papel. Sé que la mayoría me parecían aburridos, con tanta letra, y que prefería con mucho los ilustrados. Como no entendía nada, imaginaba, a partir de los dibujos las historias, así que también recuerdo, cuando ya aprendí a leer a los tres y medio, mi inconsolable decepción al entenderlos. O cómo, al encontrar al cabo de los años uno de mis favoritos, sentí un enorme descon-

cierto, porque no era así, no, tenía otro final, faltaban aventuras. Hasta que comprendí que no, que lo que ya había huido quizá para siempre era mi invención. (Fundido en negro).

Un salto en el tiempo. Y sigo leyendo. Con 8 años, mi libro favorito era una versión infantil/juvenil de la *Eneida*, de Virgilio, que por asombroso que ahora me resulte, prefería a la *Iliada* y la *Odisea*. Eso sí, ya entonces me interesaba más la historia del héroe derrotado y fugitivo que las brillantes gestas de la segunda parte. Por no hablar de su visión salvaje de lo que puede llegar a ser el fuego de la pasión, a fin de cuentas la pobre Dido acababa inmolándose en la hoguera mientras veía partir a su amado. Otro de mis favoritos era una biografía sobre Miguel Ángel, espléndidamente ilustrado, y publicado por la mítica editorial Doncel. Y *Mujercitas*, *Ivanhoe*, *El Principito*...

Y sin embargo, el libro que acabó derrotándolos a todos fue *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll, pero no en la versión edulcorada y ñoña de Disney, sino en la edición de bolsillo de Alianza. Aún recuerdo la emoción al comenzar a leerlo, mágico y deslumbrante. Reconozco que aún lo releo sin dejar de descubrir algo nuevo, paladeando el asombro de la niña que fui y que dejaba atrás, como Alicia, el mundo conocido y seguro por aventuras sin cuento. Como ella, tampoco yo hubiese podido rechazar la botella que decía "Bébe me" y que la hizo crecer y sí, también mis lágrimas lo hubiesen anegado todo. Como ella, sigo fascinada por la sonrisa del gato de Cheshire, y me gusta celebrar los no-cumpleaños, aunque nunca falte la Reina de Corazones de turno que quiera hacernos pagar cara nuestra libertad. Porque en el libro de Carroll no sólo se cuenta lo que pasa cuando te dejas dominar por tus deseos y te lo juegas todo a una carta. También que no hace falta dormir para poder soñar con lo imposible, porque está aquí, a nuestro lado, misterioso y tentador, esperando que cuando nos salga al encuentro el conejo blanco, volvamos a perdernos, para no perdernos jamás. ☞